

docto Arzobispo Don Pedro de Moya y de todos los Padres del Concilio III Mexicano, disputando la palma á nada menos que trescientos competidores, y saliendo, como de costumbre, triunfante. La Teología lo hace por algún tiempo colgar la lira, y en esta universidad se gradúa de bachiller, atravesando de nuevo los mares para recibir en Sigüenza la borla de Doctor en la misma sagrada Facultad. Pudiera quedarse en España. ¡A cuántos honores, á cuántas dignidades no lo conducirían rápidamente su preclaro ingenio, la ciencia adquirida, la gran reputación justamente ganada! Torna, no obstante, á la Nueva España, y aquí mismo no permanece entregado á las delicias de esa corte vireinal, que tanto le encantaba, sino que páрте sin vacilar adonde lo llama el deber, á la remotísima Culiacán.

Señores Académicos: imaginaos aquel cisne que con su canto había atraído la atención de los más doctos varones de esta floreciente colonia; que había visto suspenso de sus labios á lo más florido de la aristocracia mexicana; que había saboreado las delicias de la sociedad más culta de España y de América; imaginadlo ahora "*en aquellas desiertas costas y abrasados arenales, sin oír otro aliento que el bramido del mar; ó cuando mucho viendo coronarse el peinado risco de un monte con la temerosa imagen y espantosa figura de algún indio salvaje.*"¹ En medio de aquel aislamiento permanece el desprendido sacerdote, sacrificándolo todo en aras de la abnegación cristiana, no un día ni un año, sino casi tres lustros. ¡Qué mucho que algunas de sus producciones hayan sacado esos defectos que, abultados por críticos

¹ Balbuena, *Siglo de Oro, Egloga sexta.*

malévolos, hacen muchas veces á inexpertos estudiantes juzgarlo con amarga injusticia! ¡Qué mucho que dejara correr su pluma trazando con asombrosa rapidez estancia tras estancia, hasta llegar á las cinco mil octavas de que consta el Bernardo! ¡Qué alientos podía tener para borrar y corregir, para limar y desechar, cuando podía suceder, como no ignoraba, que nadie leyese lo que en tan remotas comarcas escribía? ¡Con razón soñaba en aquellas estériles playas con el verdor de las *Selvas de Erífíle*, y se forjaba un *Siglo de Oro*, en que pastores y zagalas formaban, por su sencillez y dulzura, agradable contraste con el rudo salvaje y el avaro colono!

Pero, Señores, estos desahogos del vate desterrado de su centro, ¿debieron darse á luz, cuando más tarde era el autor Abad de Jamaica, cuando sus sienes ya ceñían la distinguida mitra de Puerto-Rico? ¿Corresponden en la forma y en el fondo al sublime carácter de que se viera revestido? ¿Llenó con ellos el alto deber de enseñar á las naciones, *docete omnes gentes*, que se le impusiera al entregarle el báculo pastoral? Permitidme que para dilucidar tan ardua cuestión tome por guía al sapientísimo Obispo de Cesaréa, al Padre de la Iglesia San Basilio, no sin razón apellidado el Grande.

"Los Libros Santos, decía á los jóvenes de su diócesi, las lecturas piadosas, nos conducen á la vida eterna, revelándonos los misterios y enseñándonos las arcanas doctrinas que el Divino Espíritu dictara. Pero mientras que la edad no nos permite engolfarnos en la profundidad de sus máximas; mientras no es posible á nuestro entendimiento, aún no bastante cultivado, penetrar su sentido, es menester que nos ejercitemos estudiando otros

autores más fáciles, y cultivando nuestra mente con otros escritos: á la manera que el soldado, largos años antes de salir á la guerra, se ejercita en el manejo de las armas, y lucha mil veces en simulados combates. La guerra en que hemos de luchar es la más terrible de las guerras, y á ella es forzoso prepararnos de antemano, y versarnos en los poetas, en los historiadores, en los retóricos y en todos aquellos autores que pueden ilustrar nuestro entendimiento: *poetis, historicis, rhetoribus, et hominibus omnibus utendum, unde utilitas aliqua ad animam curandam accitura sit.* ¿Quién duda que en el árbol buscamos el fruto ante todo, y que por él lo calificamos de bueno ó de malo? Pero ¡cuánta hermosura no le añade el follaje que se agita en derredor de los ramos y presta grata sombra en los ardores del estío! De igual manera, la verdad es el fruto principal del alma; pero ¡cuánta gracia no le añaden las hojas de la erudición y de la sabiduría! ¡Cuánto realce dan á la ciencia sagrada el follaje y la sombra que prestan los conocimientos profanos! *Animæ primarius fructus est veritas ipsa, sed tamen haud ingratus est externæ sapientiæ amictus, tanquam si folia quædam fructui et umbraculum et aspectum non inamænum præbeant.* Moisés, sabio entre los sabios, ¿no llegó á la contemplación de *El que es*, gracias á la educación esmerada que recibió entre los egipcios? ¿No debió Daniel á su versación en la ciencia de los caldeos, el haber sido después tan docto en las letras sagradas?¹ ¿Y á qué debemos, podríamos añadir nosotros, esa galanura de lenguaje, esa elegancia, esa elocuencia que nos cautiva en el Crisóstomo y en el Magno Basilio, sino á

¹ S. Basilius, *De legendis libris Gentilium.*

su profundo y continuado estudio de Homero y de Demóstenes, de los poetas y de los historiadores de la Grecia? Si Agustín, antes de disputar con los Maniqueos, no hubiera enseñado la Retórica; si Jerónimo, antes de ser tan ferviente cristiano, no hubiera sido *ciceroniano* (como creyó que lo llamaban en sueños), ¿serían tan persuasivos sus discursos, habrían llegado hasta nosotros sus obras, pasándose las ávidamente de mano en mano una y otra generación?

¡Ah! Con razón el Crisóstomo puso tanto cuidado en conservarnos las obras de los dramáticos antiguos, que eran su delicia.¹ Con razón San Basilio escribió ex profeso para recomendar los libros de los gentiles, y dirigirnos en su estudio, la preciosa homilía de que os he citado algunos trozos y cuya doctrina os estoy propinando. Grande mérito tiene quien cultiva el árbol cuando ya da fruto; pero mayor quizá lo adquiere el jardinero que se consagra á regarlo todavía tiernecito, y cuida que sus ramos y sus hojas y sus primeras flores broten y crezcan y se difundan de tal suerte, que pueda después cargarse de sabrosísimas pomas.

Así es, Señores, que si Tomás de Aquino mereció bien de la Iglesia al explicar y escribir su maravillosa *Summa Theologica*, no hizo menores servicios al trasladar en su filosofía á la ciencia cristiana las formas y principios del pagano Aristóteles. Si nuestro Alegre, gloria de la Compañía de Jesús y del puerto de Veracruz que lo vió nacer, llenó su misión de sacerdote dejando estampada su Teología, escrita en florido y dulcísimo estilo, no se mos-

¹ Las únicas comedias que nos restan de Aristófanes nos fueron conservadas por San Juan Crisóstomo.

tró menos digno de su alto carácter al legarnos la *Iliada* de Homero, traducida admirablemente en hexámetros latinos. De igual manera BALBUENA, si como gran prelado se portó visitando la abrasada diócesi de Puerto-Rico, á la edad de más de cincuenta años; si cumplió con su deber de enseñar á las naciones, reuniendo á sus eclesiásticos en sínodo diocesano, ilustrando á sus colegas del Concilio Provincial de Santo Domingo, dirigiendo continuamente á sus fieles elocuentes homilías, escribiendo el piadoso poema la *Cristiada* (que los holandeses quemaron en el asalto de la Isla), no fué menos grande, ni menos piadoso, ni menos digno, poniendo al alcance de todos las bellezas de Virgilio y de Homero, de Teócrito y de Ovidio. No sólo quitó cuidadosamente los abrojos de las rosas espléndidas que nos ofrecía, como aconseja San Basilio, sino que siguió aun más escrupulosamente sus instrucciones. “¿No veis, dice el Padre tantas veces citado, no veis á las abejas cómo escogen el zumo de las flores de que han de formar su dulcísima miel? Ni á todas vuelan, ni en todas se paran, ni en todas igualmente se detienen. De unas beben más, de otras menos, y cuando han libado el jugo de que han menester para formar su panal, tornan sin tardanza á la colmena. Así es fuerza que hagamos nosotros, si tenemos juicio y aspiramos á la verdadera sabiduría, con los libros de los gentiles.”¹ Y así lo hizo, Señores, el Obispo de Puerto-Rico. No se contentó con traducir, ni aun arrancando las espinas de inmoralidad de que están erizadas las rosas de los poetas que imitó en el *Siglo de Oro*. Tomó de cada flor de los antiguos bucólicos, cuan-

¹ S. Basilius, *De legendis libris Gentilium*.

to necesitaba tan sólo para formar un poema pastoril dulce, grato y moral; y si cantó los sencillos afectos de apasionados pastorcillos, procuró no apartarse de las huellas que Salomón nos trazara en su Cántico, y expresarlos con frases pulcras y que no hirieran á oídos delicados. En el *Bernardo*, como él mismo nos dice, “de tal manera se puso el blanco y último fin de esta obra en la moralidad y enseñanza de costumbres, que lo que en otra parece accidental y accesorio, puede confesarse en ésta por principal intento; y así en ninguna parte va tan oscura que no descubra y dé algunas centellas y resplandores de sí, mostrando bajo la dulzura del velo fabuloso, la doctrina y avisos convenientes á la virtud.”¹

¿Para qué nos ha dado Dios el ingenio, las riquezas, el valor, el saber, sino para hacer resplandecer sus dones delante de los hombres? Si pues á BALBUENA le fué concedida la inspiración poética, digno de vituperio sería, si imitando al mal siervo del Evangelio, hubiera enterrado su talento. Triste cuenta habría rendido, en verdad, al Juez Supremo, si á semejanza de aquel desdichado hubiera respondido: “*Domine, scio quia homo durus es, metis ubi non seminasti, et congregas ubi non sparsisti.*”² He temido ¡oh Señor! que al revolver los libros de los gentiles, algo de su estilo, de sus formas y de su excesiva libertad se infiltrase en mi mente, y esto fuera á aparecer en mis obras. He temido que, duro en extremo, juzgases los cuarenta mil versos de mi épico poema con nimia severidad, y me condenases por uno que otro desliz involuntario, por una que otra falta ligera debida

¹ Bernardo, *Allegoría* al fin del *Canto I*.

² Matth. XXV, 24.

á mi limitado entendimiento, y no á mi intención, siempre recta: así es, Señor, que no escribí cuanto pude y me inspiraste, y lo que salió de mi pluma fué por mi propia mano sepultado en el olvido." ¡Oh! Si tal hubiera hecho el prelado-poeta, merecería la condenación del indigno siervo de la parábola. ¿Qué diríamos, Señores, del piadoso Godofredo, ó del gran Cardenal Cisneros, si se hubiesen abstenido de pelear contra el mahometano por temor de algún desmán de los soldados, ó de alguna injusticia que pudieran cometer ellos mismos en el calor de la batalla?... Con igual severidad debería juzgarse al Obispo de Puerto-Rico, si por vanos temores hubiera sepultado bajo indigna ceniza el fuego poético que arrojó en su pecho el Dador de todo bien, y que lo mismo que el fuego de su divino amor, y que el fuego de la ciencia, desea que se encienda donde quiera: *Ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendatur?*¹

¡BERNARDO DE BALBUENA, honor á tí, honor á tu memoria! Tú glorificaste las letras españolas, y diste lustre á nuestra México, que te hizo nacer á la poesía; tú has honrado á la Iglesia, mostrando que el genio resplandece en el sacerdocio con doble brillo aún que en el estado seglar. Para trasladar al idioma castellano las bellezas de Virgilio, se necesitaron dos hombres de guerra del calibre nada menos que de GARCILASO y ERICILLA; tú solo bastaste para darnos á conocer las de Teócrito y Homero. ¡Gloria á tí mil veces! Mas si acaso en la inmensa multitud de tus versos hay alguno que empañe algún tanto el brillo de tu mitra, así como muchos oscurecen tu auréola literaria, quiera el Señor acep-

¹ Luc. XII, 49.

tar el sacrificio que por tu alma ofrecemos, y darte cuanto antes el premio debido á tus virtudes y á la actividad con que doblaste el talento que puso en tus manos.

En otra alma, consagrada á Él igualmente, hizo arder el Señor el fuego sacro de los poetas; en otras manos que había adornado con el místico anillo destinado á las vírgenes, puso Dios el plectro de oro y depositó la cítara y el harpa, no muchos años después de la muerte del gran BALBUENA. ¿Debía, por ventura, acallarse esa lira porque sus cuerdas vibraban dentro los muros de un monasterio? ¿Debía siempre ceñirse á modular en el mismo tono las alabanzas del Señor, sin jamás cantar los desengaños de la vida, cual Salomón, ni hazañas de guerreros, como Moisés?

Señores Académicos: me parece que ni amigos ni enemigos han hecho justicia al carácter de nuestra poetisa SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ. Abramos sus libros y juzguémosla sin pasión por lo que en ellos dejó escrito, sin engolfarnos en aventuradas conjeturas ni románticas suposiciones.

¿La arrojó, en verdad, al claustro alguna pasión mal correspondida, algún temprano desengaño? No lo creo, Señores, por más que todos sus biógrafos modernos la representen como inmolada en aras de un amor profano. Prescindiendo aun del llamamiento divino, encuentro su resolución de encerrarse en un monasterio, tan natural, tan lógica, que en otro cualquier estado me habría parecido fuera de su elemento. Sabemos, á no dudar, que con precoz talento se dedicó á las letras desde su infancia, y que su pasión al estudio era tan grande, que

suspiraba por vestir el traje de varón y frecuentar así las universidades. ¿Podía satisfacer á una joven de tales prendas é inclinaciones la vida frívola del mundo, y sobre todo la ociosidad de la corte virreinal, y el prosáico, aunque honroso servicio de la Marquesa de Mancera? No es fácil, Señores, á quien vive en república, formarse una idea del fastidio, del tedio, del hastío que engendra en una alma acostumbrada al estudio y ansiosa de adquirir la sabiduría, la esclavitud de una antecámara. Por grande que sea el soberano á quien se sirve, por halagüeño que se presente lo porvenir, por mucho que encanten el fasto y los honores, hay momentos en que suspira el cortesano por la soledad de los bosques, y envidia al estudioso monje su sayal y su celda.

¿Qué mucho que tal acaeciera á la dama de la Virreina? Esas horas perdidas en murmuraciones y vanos coloquios, en servir y lisonjear á su Señora, en banquetes y fiestas y saraos, ¡cuánto deben haber pesado en el ánimo de aquella que algunos años después escribía: "Desde que rayó la primera luz de la razón fué tan vehemente y poderosa mi inclinación á las letras, que ni ajenas reprehensiones ni propias reflexas han bastado á que deje de seguir ese natural impulso que Dios puso en mí!"¹ Ni tiempo, á la verdad, tenía de impresionarse una niña de diez y siete años, cuyo único amor eran los libros; tanto más cuanto que la corte de los virreyes de Nueva España no era ni podía ser, por razones que no se os ocultan, como la de Felipe IV ó Luis XIV. Buscando, pues, la soledad y la independencia necesaria pa-

¹ Sor Juana Inés de la Cruz. Respuesta á la *Carta Atenagórica* del Obispo de Puebla.

ra el estudio, y el único estado de vida acomodado á sus inclinaciones, entró en el convento de las Carmelitas de esta ciudad, á una edad temprana, sí, pero en que ya una mujer, de su precocidad sobre todo, comprende perfectamente el peso de sus resoluciones. Si á vestir el velo la hubiera impulsado un momentáneo despecho, un acceso de celos, un acto impremeditado de loco furor, habría sin duda vuelto al mundo cuando á los pocos meses su salud, quebrantada por las austeridades de las hijas de Santa Teresa, la obligó á dejar la severísima casa y regla de la reformadora de Ávila. Pero en vez de eso, la vemos tan sólo trocar convento por convento, celda por celda, reja por reja, escogiendo, sí, un instituto menos severo, y hallando el suspirado refugio en el monasterio de San Jerónimo.

Permitidme, Señores, que aventure una observación. Al leer las composiciones poéticas de otros autores, juzgamos de ellas y de quien las ha escrito, según el estado de nuestro ánimo, según nuestras propias pasiones, conforme á las virtudes ó vicios que nos adornan ó degradan. Presentad, por ejemplo, á una sencilla religiosa esa oda de la antigua Safo, que el tiempo no ha querido que perezca, y que respira fuego en cada una de sus sílabas; y no extrañéis que en su candor la juzgue obra de alguna de sus compañeras de vocación y la declare prueba inequívoca de tiernos afectos fraternales, ó resultado de algún éxtasis de amor divino. Con igual prevención é inexactitud, aunque en sentido contrario, se me figura que han sido juzgados ciertos sonetos y canciones de la monja-poetisa. Cantó las ausencias de un amigo, y de un amigo cual podía tenerlo quien vivía